

Sergio Rodríguez Tejada. *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, Valencia, PUV, 2009, 2 vols.

Si alguien tomara de un catálogo bibliográfico los títulos que sobre el movimiento estudiantil han aparecido en torno al 40º aniversario del *Mayo Francés* de 1968, entre 2007 y 2009, la estadística sugeriría que ésta de Sergio Rodríguez Tejada, profesor de la Universidad de Valencia, es uno más, efecto de la *conmemoratitis*, tendencia a editar al calor de las celebraciones o recuerdos de hechos históricos. Pero no, *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, no tiene nada que ver con esto, aunque las frías estadísticas puedan dar a entender lo contrario. Se trata de una investigación producto de una tesis doctoral, madurada a fuego lento. De hecho, el trabajo académico, presentado en 2006, obtuvo en su día el premio extraordinario de doctorado, un mérito que hacía justicia a la tarea iniciada a mediados de los noventa del siglo pasado. Ahora aparece en forma de libro comercial en dos volúmenes, uno correspondiente al periodo de 1939-1965 y el segundo que se alarga hasta 1975.

La obra cubre un nicho historiográfico importante pues, si bien desde las pioneras obras sobre el movimiento estudiantil antifranquista aparecidas en los años sesenta y setenta (J. M. Farga, J. M. Maravall, J. M. Colomer, etc.) se dispone de bibliografía sobre el tema, actualizada en las últimas fechas (E. Hernández Sandoica, M. Baldó y M. A. Ruiz Carnicer; G. Valdelvira, etc.), seguían faltando estudios de casos que concretasen el desarrollo de dicho movimiento en universidades periféricas, recurriendo a nuevas fuentes e interpretaciones. En este sentido, *Zonas de libertad* —título que hace referencia a la estrategia desplegada por el PCE, consistente en la extensión de la actividad política contra la dictadura a diversos ámbitos y la conquista simbólica de los mismos— aborda de manera integral la historia de las protestas estudiantiles universitarias desde la implantación del franquismo hasta la muerte del dictador. De este modo, la Universidad de Valencia es, a fecha de hoy, el único distrito que cuenta con investigaciones sobre el movimiento estu-

diantil entre 1875 y 1975 (el primer periodo fue estudiado por G. Perales, *Católicos y liberales. El movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia*). Afortunadamente, en los últimos años también la periferia está siendo objeto de estudio (Santiago de Compostela, R. Gurriarán; Sevilla, J. L. Rubio, A. Carrillo-Linares), a los que se suman nuevos estadios sobre Madrid (J. Álvarez Cobelas).

*Zonas de libertad* conserva el sabor de la tesis doctoral. Como decía, se trata de una versión íntegra, revisada y actualizada y de gran erudición. Quizás en la revisión se hubiera agradecido aligerar algo el texto —y quien esto escribe tuvo similar tentación editorial con su tesis— porque en algunos puntos puede resultar reiterativo o el nivel de detalle llega a ser altísimo. Gracias a ello sabemos, por ejemplo, hasta cuáles eran las bebidas habituales en el bar universitario *Los cerditos*, lo cual puede tener interés para la antropología de los alimentos o los estudios de sociabilidad cotidiana. En el libro se dan algunos casos de “derivaciones en el discurso” de este tipo, especialmente en el primer volumen, inflexiones, por otro lado, que siempre agradece el lector.

El profesor Rodríguez Tejada reconoce explícitamente que procura ser una obra *holística*, totalizadora; de ahí que lo mismo tengan su lugar la detención de una célula comunista que reflexiones sobre el papel de los pisos de estudiantes (espacios de sociabilidad), las protestas estudiantiles, las relaciones sentimentales, la música, la correlación de las fuerzas franquistas, el papel del movimiento obrero, los edificios universitarios o la emergencia de la mujer en el movimiento; y todo ello encuadrado en la vida social y cultural de la época. El movimiento estudiantil se vertebra, así, como el eje que articula un discurso que mira también fuera de la Universidad.

Por otro lado, no estamos ante una hagiografía del movimiento estudiantil, habitual en cierta historiografía clásica, sino que se lleva a cabo un análisis y crítica del mismo, con perspectiva histórica y generacional. Para ello se recurre a instrumentos teóricos procedentes de diversas tradiciones y áreas de conocimiento, lo que dota a la obra de un interés que va más allá de los datos factuales circunscritos a la capital levantina. Es manifiesto el esfuerzo

epistemológico realizado, a veces con arriesgadas y discutibles interpretaciones que no dejan impasible al lector.

Así pues, por lo que se refiere a los aspectos temáticos, son muchos los puntos de interés que se abordan: marco nacional y relaciones internacionales, sociabilidad cotidiana (los llamados *contextos de micromovilización*), evolución del Sindicato Español Universitario (SEU), intento de reconstitución de la Federación Universitaria Escolar (FUE), relaciones de género y sexo, papel de los profesores, subcultura juvenil (con enfoque antropológico), estética, arte, actividades culturales, relaciones entre las familias del franquismo, etc. Y por supuesto, la actividad política y sindical tiene un espacio de privilegio: cuestiones orgánicas y de militancia, reuniones estudiantiles, estrategias de coordinación, surgimiento del valencianismo con el que se enriquecía el mapa político universitario, legislación (estructura de oportunidades políticas), publicaciones estudiantiles, etc.

Formalmente *Zonas de libertad* está estructurado en ocho capítulos ordenados cronológicamente, que corresponden a las diferentes etapas que establece Sergio Rodríguez en la historia del movimiento estudiantil, precedidos de una introducción en la que se expone el marco teórico de referencia (teoría de los nuevos movimientos sociales, subcultura juvenil, etc.). Dentro de cada capítulo, apartados y epígrafes dan cobertura al desarrollo temático, a veces en perspectiva diacrónica. Ilustra comprobar cómo entre 1962 y 1975 se suceden cinco etapas —en ocasiones, quizás, se podría hablar más bien de subetapas (1939-49, 1949-56, 1956-62, 1962-65, 1965-67, 1967-69, 1969-72, 1972-75)—, dando una media, en los estertores de la dictadura, de menos de tres años para cada fase. Un signo inequívoco de la velocidad con la que se sucedían los acontecimientos en una España en descomposición y con una Universidad en movimiento.

En el primer volumen (1939-1965) se analiza la construcción de la Universidad en el nuevo Estado, concebida casi como un objetivo militar más. El control del profesorado se llevó a cabo por medio de las depuraciones (estudiadas por J. Claret en *El atroz desmoche*), mientras que a los estudiantes se les pretendía mantener bajo disciplina por medio de su en-

cuadramiento obligatorio (tras 1943) en el SEU, de inspiración falangista, del que se realiza su reconstrucción histórica. En la Universidad de Valencia los años '40 y buena parte de los '50 fueron tranquilos, donde las débiles protestas estudiantiles tenían que ver con aspectos de tipo académico, aunque se dejaran sentir los efectos de la agitación en otros puntos (Barcelona y Madrid fundamentalmente), algunos de los cuales quedan recogidos.

Desde mediados de los '50 las células antifranquistas de las varias organizaciones se convierten en parte del paisanaje universitario valenciano. El primer gran zarpazo colectivo dado por el gobierno estuvo motivado por la participación de algunos estudiantes en la Huelga Nacional Pacífica en junio del 59. Entre los detenidos los había del PCE, el FLP y ASU. Además, desde finales de los '50 y sobre todo en los '60 también se disputaron el mercado universitario opciones de corte valencianista que resurgía levemente en su fase cultural. Si a estas diferencias en el universo antifranquista le unimos las existentes dentro de las filas franquistas (falangistas, católicos, *opusdeístas*, monárquicos, carlistas), es fácil comprender las dificultades existentes para una verdadera unidad de acción estudiantil. La complejidad fue mucho mayor a partir del 68. También, y siguiendo la línea de Ruiz Carnicer, se aproxima a la discutida *apertura cultural* de los falangistas en el SEU. El volumen se cierra, precisamente, con la liquidación del SEU —considerado un sistema de representación viciado— y su sustitución por las Asociaciones Profesionales de Estudiantes (APE), punto neurálgico en la historia del movimiento estudiantil contra la dictadura franquista.

El segundo volumen (1965-1975) se centra en el periodo más tembloroso del franquismo, donde la Universidad mantuvo un pulso no igualada por ningún otro sector social, incluido el obrero. La disponibilidad biográfica y el contexto fueron cruciales para que esto pudiera ser posible. Al mismo tiempo, la efervescencia ideológica y política dibujó un mapa plural y activo. La Universidad de Valencia, como bien demuestra Sergio Rodríguez, representa un depurado modelo de análisis para comprender la dinámica existente, así como los diversos ritmos y hechos registrados en los diferentes dis-

tritos. Pero, obviando las circunstancias locales, el fenómeno fue similar en la mayor parte de las Universidades, con las variaciones de tiempo e intensidad.

La aparición del Sindicato Democrático (SD) en Barcelona (1966) tuvo una repercusión nacional, como la I Reunión Coordinadora y Preparatoria (la *errecepé*, como popularmente la llamaban los estudiantes), celebrada en Valencia en 1967 y que concluyó con la detención de representantes universitarios de toda España. Pero también el fin del proyecto unitario del SD, certificado en Sevilla en 1968, puso en marcha una radicalización que se mantuvo hasta los años de la transición política. Las Reuniones Generales de Universidad (RGU) procuraron suplir la carencia, aunque sin conseguirlo.

La protesta, por entonces, se hizo verdaderamente masiva y persistente. La represión (académica, policial, judicial, gubernativa) se convirtió en el recurso instintivo con el que se defendía la dictadura. Es el momento de expedientes colectivos (como los 312 en octubre de 1973 impuestos por el rector Rafael Báguena), del incremento numérico de las organizaciones clandestinas y de militancia, especialmente en la extrema izquierda (maoístas, trotskistas, marxistas-leninistas de diverso tipo) aunque no sólo, de los choques con la policía y de la incorporación de los PNN a la lucha universitaria. Las revistas estudiantiles reflejaban bien esa tendencia, que era a la vez política y cultural. En este contexto, brotaron nuevos movimientos sociales como el pacifista, identificado inexcusablemente con el estudiante valenciano Pepe Beunza. Si bien, y paradójicamente, se produjeron algunas derivas hacia la violencia política (el FRAP, por ejemplo, tuvo cierto seguimiento), un fenómeno típico a escala mundial, como el autor recuerda.

Con todo, no hubo desmovilización con la muerte de Franco en 1975, en un momento en el que la Universidad estaba sometida a una corriente de acción muy acusada que perduró unos años más. En este sentido, la muerte del dictador, fecha con la que se cierra el libro, no supuso nada —de forma inmediata— de cara a la normalización de la vida universitaria. Todo lo contrario.

En general, se pondera el papel de las organizaciones en la movilización (crítica a la

teoría de movilización de recursos, de origen estadounidense), otorgando mayor peso a las variables culturales o la identidad colectiva en la línea del constructivismo social, cuestiones que tradicionalmente centran más la atención de la sociología europea (E. Laraña, A. Melucci, A. Touraine, etc.), aunque no exclusivamente (R. Inglehart). En ese sentido, no debe resultar extraño que Sergio Rodríguez niegue que el movimiento estudiantil fuera una simple co-rea de transmisión de los partidos.

La metodología es variada pues, como decía, combina diferentes tradiciones (antropología y sociología) para aplicarlas a un caso histórico de ámbito local. Por ello es posible encontrar explicaciones que recurren a teorías funcionalistas (papel de las mujeres), a la teoría de la privación relativa (participación estudiantil) —aunque ésta vinculada al concepto de *nuevos movimientos sociales* y sus valores post-materiales—, o la antropología de la juventud (subcultura juvenil). Se busca siempre la lógica interna del movimiento estudiantil, de unos repertorios de acción que los estudiantes variaron y actualizaron con frecuencia (en ocasiones, préstamos internacionales a los que también se atiende en el libro) o de la organización.

Quizás se echan en falta muchos nombres vinculados a la protesta estudiantil, la base —establecida sobre redes personales— sobre la que se sostenía la élite que aparece reflejada en el libro. De esta forma se puede hacer visible la anchura exacta del fenómeno que se estudia, atendiendo a los diversos niveles de militancia y participación que se dieron en el movimiento. En cierta medida, la existencia de un trabajo anterior sobre el movimiento estudiantil antifranquista en Valencia (Sanz Díaz y otros, *Rojos y demócratas*) que cubría sólo parcialmente esta cuestión, obligó a Rodríguez Tejada a olvidarse de este enfoque, profundizando en aspectos novedosos.

Las fuentes empleadas han sido numerosas: revistas, boletines estudiantiles, actas de reuniones, testimonios de los protagonistas, octavillas y manifiestos, documentación judicial y policial, fotografías e imágenes, archivos públicos y privados; completado todo con una oportuna bibliografía. En ocasiones se le quiere sacar tanto provecho a cada fuente informativa que se acaban realizando vaciados sistemáticos

de las mismas (revistas o actas), algo que puede ayudar a futuras investigaciones para seguir nuevas pistas.

En definitiva, un libro con sabor académico, bien escrito, repleto de información novedosa, que combina lo técnico con las anécdotas de la vida cotidiana haciendo, a veces, casi una crónica social, lo que siempre facilita la lectura de las más de novecientas páginas. El interés intrínseco del tema –además bien tratado– y la cercanía de los hechos narrados, son dos alicientes poderosos que estimulan y su lectura.

*Alberto Carrillo Linares*

Víctor Tau Anzoátegui, *El futuro de la historia jurídica en las aulas*, Córdoba, Advocatus, 2010, 180 pp.

En Argentina, el contenido de los planes de estudio ha sido y es competencia de cada universidad. La enseñanza de la historia del derecho surgió a finales del siglo XIX y comienzos del XX en las principales universidades del momento: Córdoba, Buenos Aires y La Plata. Su epicentro estuvo en la Universidad de Buenos Aires, en la cátedra de Introducción general al estudio del derecho inaugurada en 1876 por Juan José Montes de Oca, sobre todo a partir de Juan A. García, Carlos Octavio Bunge y Ricardo Levene. En la segunda mitad del siglo XX, la escuela de Levene influyó en la enseñanza de esta disciplina en las principales universidades, y se manifestó primero en el Instituto de historia del derecho fundado en 1936 y a partir de 1973 en el actual Instituto de investigaciones de historia del derecho (IIHD), tan conocido por su revista y sus monografías.

El autor de este libro es uno de los principales discípulos de Levene y el actual director del IIHD. Editado por la Asociación argentina de profesores e investigadores de historia del derecho, el texto recoge lo que fue en su origen la conferencia inaugural del primer encuentro de esta asociación que tuvo lugar en la Universidad Nacional de Córdoba en noviembre de 2007. Sus páginas reflejan las experiencias vividas y las ideas sostenidas por el Dr. Tau a través de cinco décadas de enseñanza de la historia

jurídica, materia a la que pronostica (a pesar de la problemática relación entre juristas positivos e iushistoriadores) un buen futuro dado el enorme crecimiento que ha tenido tanto en la docencia como en la investigación.

Condición para ese desarrollo es, por un lado, la renovación y actualización del contenido de la materia; por otro, una atención hacia los discursos científicos de los juristas positivos, de los historiadores y de los cultivadores de la ciencia política, de manera que se faciliten los contactos interdisciplinarios y la utilización de los estudios históricos-jurídicos o históricos-institucionales en sus respectivas carreras.

Respecto a lo primero, a la renovación y actualización, el autor se refiere al movimiento de crítica y renovación iushistoriográfica iniciado en los años 80 y difundido por Europa y América. Los principios y resultados más consensuados pueden transmitirse a la docencia (como ha hecho María Rosa Pugliese), ofreciendo una síntesis de la materia más próxima a una historia de la cultura jurídica o a una historia social del derecho que signifique la definitiva superación de la mera historia de la legislación.

Ve necesaria además la ampliación del contenido de la disciplina en dos direcciones: la historia del derecho iberoamericano (que supere el nacionalismo jurídico), y la historia del derecho contemporáneo (que al centrarse en el siglo XX conecte con los intereses del jurista positivo). Esto permite el despliegue de enfoques, temas y relaciones jurídicas hasta ahora poco atendidos, que dan un nuevo valor al desarrollo de campos clásicos como el del derecho indiano.

Lo que exige atender también a la formación de los futuros docentes y a la actualización de los actuales, no sólo desde el punto de vista de los contenidos de la enseñanza sino desde la perspectiva de las técnicas docentes, incluyendo (junto a la lección magistral, la cartografía y las antologías de textos) los medios audiovisuales.

En cuanto a lo segundo, los distintos ámbitos en los que se desenvuelve la historia jurídica, el profesor Víctor Tau sostiene que la disciplina tiene una enorme carga de problemas metodológicos y contactos interdisciplinarios por lo que no parece adecuado ofrecer un programa fijo o uniforme. Por el contrario éste debe adecuarse al lugar y nivel en que se ense-